

El río de Heráclito

The river of Heraclitus

O rio de Heráclito

Francisco Herrera-Rodríguez

Profesor jubilado de Historia de la Enfermería. Universidad de Cádiz

Cómo citar este artículo en edición digital: Herrera-Rodríguez, F. (2017). El río de Heráclito. Cultura de los Cuidados (Edición digital), 21(49). Recuperado de <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2017.49.04>

Correspondencia: Santo Domingo de la Calzada, 11-3º A. 11012-Cádiz

Correo electrónico: fraherod57@gmail.com

Recibido: 20/03/2017; Aceptado: 11/05/2017



ABSTRACT

In these pages are presented aphorisms, prose, reflections and micro-narratives dealing with death, love, loneliness, poverty, injustice, disease, music, cinema, literature and city life.

Keywords: Aphorisms, prose, micro-narratives, phenomenology.

RESUMEN

En estas páginas se presentan aforismos, prosas, reflexiones y microrrelatos que tratan sobre la muerte, el amor, la soledad, la pobreza, la injusticia, la enfermedad, la música, el cine, la literatura y la vida en la ciudad.

Palabras clave: Aforismos, prosas, microrrelatos, fenomenología.

RESUMO

Nestas páginas são apresentadas aforismos, prosa, reflexões e micro-narrativas sobre a morte, o amor, a solidão, a pobreza, a injustiça,

a doença, a música, o cinema, a literatura e a vida urbana.

Palavras-chave: aforismos, prosa, micro-narrativas, fenomenologia.

A Mari Carmen

“El río me arrebató y soy ese río”

J. L. Borges

“Quisiera escuchar el eco de mi pared”

Bulería cantada por Luis de la Pica

“Butterfly mornings/ and wild flower

afternoons”

The Ballad of Cable Hogue

I

Dónde el ámbito habitable. Dónde el fuego tibio del ocaso. Dónde la luz de oro del sol sin el filtro del cemento. Dónde la democracia blanca de las azoteas de aquel remoto Combray.

II

El sonido de los pasos en el asfalto se pierde en el aire y la mirada resbala por muros de cal y estatuas de conquistadores. Estamos en el habitáculo que intenta conjurar todos los miedos, en la médula de la alquimia que mira con arrogancia al mar.

III

Caronte recorre la ciudad, pregona que va a cruzar el río, anestesiados miramos escaparates y soñamos con luces de neón. Ante la muerte, la paranoia del disimulo.

IV

Escucho la noche con la paciencia y la condena de un Funes memorioso; suena el fragor de las lanzas, el roce mecánico de las flores, el canto hipotecado de los pájaros y los crujidos de esqueletos presuntuosos que en su boca llevan malvas falsas.

V

Camino por abril, manigua de viento, los sueños están escondidos en las entrañas oscuras del mar. Camino por abril, flores del pensamiento, encuentro cálculos de cadáveres que luchan por medrar y sobrevivir.

VI

Las flores se esconden y la luz del fango fluye como sangre en el cuerpo. Rumor en los ojos de la noche. No ocurre nada. Es tan solo el tiempo que pasa complicado por vidas innobles.

VII

Aldabonazos de piedra en las puertas de la mañana. El sarcófago de la tisis se entreabre y escupe la sangre de los pobres, salgo del infierno y la luz de la Argónida es ocre y los esteros están apagados y secos, el levante agarra el corazón para que siga viviendo.

VIII

A Romy Schneider

Sangre de sombra en el espejo. La muerte prepara sus naipes morados. Las espadas se levantan y cortan los hilos del tedio. Sombra

de sangre en el espejo de la emperatriz de ojos eternos.

IX

En este valle angosto se reparten reliquias de un mayo inverso. Camino indiferente ante el evento. ¿Dónde está mayo, su violenta vorágine?

X

Baudelaire plagado de liromas y paraísos artificiales, con mirada manicomial avisa de que vas camino de ser preterido.

XI

Ciego de fango y estrellas, de Universo y alcantarilla, de sueño e incendio, de sombras que engañan y de jarrones de tedio que se parten en la cabeza. Agosto es un mar contenido en una luna triste.

XII

Un hombre sin ojos vende lotería en las calles de Lisboa. Quieto como un muñeco de cera, espera la lluvia de Europa sobre sus clavales ausentes.

XIII

Ese tiempo se fue entre los árboles y las tardes, sabía unas veces a metal viejo y otras a rosa fría. Se llevó el barniz de los besos, dejó vacías las paredes y los cuadros; noches sin calendarios, oscuras como la tumba donde yace Lowry.

XIV

Camisa de seda roja y flor de levante en la mano izquierda. Sueños marchitos y luz de ciudad sobre la sien de oro. Soledad y traición en los bolsillos gastados de los martes.

XV

A Billy Holliday

Dama negra con voz de rama. Llegaste del suburbio a la camisa de fuerza. Jazz y droga en tu sangre. Dama negra con voz de rama. Sonó la hora de las flores rotas y del frío robot, en el aire un lamento de siempre agarra el corazón y lo estrangula de luz.

XVI

Las plazas desiertas y el sol del otoño acariciando piedras antiguas. El tedio de los siglos sobre los hombros de las estatuas, sombras de mármol caminan por las calles desalmadas y sin talentos.

XVII

Semáforo, dios fálico, juez parcial, dictador de la urbe, a tu sombra crece una legión de arcángeles que enloquecidos caen en los parabrisas sucios de los automóviles. Hambre de hambre y hambre de luces perpetúan la miseria.

XVIII

La ciudad te masticó, te quemó con el ácido de su digestión, te vomitó en una uvi donde lamieron tus heridas, allí te dieron un poco de cuerda para que continuaras el minué de tu desconsuelo.

XIX

Caminabas por el día insípido con una leyenda en tu camiseta: "Je me sens seule". Triste y bella como un edificio derrotado, busqué tu mirada y sentí que los minerales rompían su orden amarillo. Legiones de pájaros volaron de mi corazón a tu indiferencia.

XX

A Cb.

De tu belleza solo queda un pequeño ras-

tro en tu rostro abotargado. ¿Quién te puso ese nombre? Un Fellini trasnochador, pedante, esteta de prostíbulo, quizás. Tu voz suena a aguardiente y tus manos están encallecidas por el roce de hombres que no merecieron tus caricias. Dormitas la pena en las esquinas, navegas por mares de vino rancio y en una sentencia de tu boca, piadosa y blasfema, te vas, te vas...

XXI

Suntuoso sol pagano. Perdido sueño de mi sur. Gesto cotidiano de los girasoles. Amarillo acento huido. Chopin de alas rotas. Salvaje anaconda de las noches. Lienzo siempre. Grito roto nunca. Mar contenido.

XXII

No me parece todo tan plácido y perfecto, Guillén. El mediodía con su compacto azul no es una cúpula donde todo reposa. Hierve el mundo de los competidores, ir y venir de desazonados por la desesperanza. La rosa no es el centro, Guillén, el centro está en la máscara y en el pie caminante que siente el puñal de un hombre en el corazón de otro hombre. ¿Dónde está la integridad del planeta? No sé qué es eso.

XXIII

Pelo rizado de atlántico, mudanza de sueños agotados y pasos lentos por la arena tibia de los médanos callados. Azul cenital y primario huyendo por las estepas de la música, insula a la deriva en busca de no sé qué continente. Ya ves, no ves, cómo te recuerdo.

XXIV

Sol rojo venido de un norte dudoso, de una cima ensimismada. Sol rojo en el azul del cielo. Llama lenta que crece e inunda el día con



lluvia de oro y uvas negras. Es la hora de los brazos como racimos y de las miradas como besos.

XXV

Los médanos son nuestros, sombra y gozo, ebriedad y silencio, cobijo y algarabía. Los médanos cuentan el verano de nuestra juventud.

XXVI

Anoche un perro se comió la oreja recién cortada y sangrante de Van Gogh. Agoniza el pintor en esta época de palomas cancerosas y de amores que se marchitan en la cárcel de los números. Van Gogh mendiga pan en las calles del frío. A él que inventó el amarillo le revientan los pulmones en el invierno de las casapuestas y en el techo leproso de las comisarías. Anoche un perro se comió la oreja recién cortada y sangrante de Van Gogh.

XXVII

Embarcado en un río sin retorno, sujeto en la lepra de las cosas y del tiempo.

XXVIII

El árbol junto a la ventana. Columpio verde de aire y luz. Columpio de los pájaros y de

la mañana vencida. Veleta del mar y crisol de los ponientes. El árbol caduco de frutos y sabio de miradas.

XXIX

Luz de plata de noviembre, vaho en los cristales de los quioscos de las loteras. Rumor sordo de taladros que hurgan en el vientre de Agadir. Agadir entre agua y arqueología. Mar y pasado. Agadir se desmereza y mira la luz de noviembre, se da la vuelta en su lecho de siglos y humedad. Mañana será otro día. La doncella duerme, no la molesten, espera que el incienso ore las aceras y que el tañido del pito de caña lama las esquinas. Telón y marejada de fondo por los corredores.

XXX

Una intrusa en Camelot

Es como si todo lo escrito sobre ti, lo hubieran tatuado sobre tu cuerpo o lo hubieran escupido sobre tu pelo amarillo. A ti qué te importa ser un mito del siglo XX. Qué más te dan Niágara o Vidas rebeldes, si siempre has sido la niña más sola del sueño americano. Cirujías y políticos imperiales sembraron tu corazón de salmos y miedos, niña que no dejaron crecer. Estás presa en el celuloide, de tu corazón de papel sigue brotando tinta negra que no te deja vivir.

XXXI

Buscar la utopía en la luz tenue de los faros, en los cenáculos de los cultos y de los poetas, en los caminos solitarios, en los telares argónidos, en las paredes del viento. La Torre Eiffel es la utopía prehistórica de la era industrial, cobija a muchachas que venden flores; Balzac es la exaltación lírica de las manos de Rodin; se murió François Truffaut de un infarto de cuatrocientos golpes; Sartre ya no emociona a las adolescentes conflictivas; Krahe y Sabina lo

siguen intentando con el truco de la “mauvaise reputation”. La utopía no aparece, el fulgor de los céntimos de Europa ha anestesiado el corazón de los viejos y de los jóvenes, mareados damos vueltas y vueltas en la colmena sin saber a dónde vamos.

XXXII

Voz que conduce al mar y al infierno de los girasoles, a los azares y miserias del hormiguero.

XXXIII

El mundo clava alambres en el alma de los pobres, la penumbra del poderoso se hace vértigo razonable en los trenes del olvido y en la magia de las carrozas, todo queda justificado en el sol de cada mañana.

XXXIV

Si viniera la muerte a este remanso de mayo, dejaría los geranios en el jardín y pediría a los pájaros que se olvidaran del cielo.

XXXV

El viento es acreedor del fuego, noches sin huellas en el corazón, con el frío de los pies en las cenizas del alma. Todo es arte de contar en la vida y las iguanas se esconden en las arenas secas de los desiertos. Saint-Exupéry busca cada noche al pequeño príncipe en la risa de las estrellas.

XXXVI

Gaberías

Gabo mago se cuela por las calendas de noviembre, calienta la casa con cuentos a la lumbre. Gabo médico sana el almanaque de los solitarios, espanta los demonios creados por los hombres. Gabo músico, suenan las palabras, bailan, bailan, las caderas del agua.

XXXVII

¿Quedan argónidas por descubrir o todas las argónidas están por vender? Este verano arde el paraíso. La casa era un gato estirándose y una mujer con llagas muriéndose.

XXXVIII

Llegaste de levante, cielo de presagios, sol de calendas amables.

XXXIX

Una leva de jardineras adolescentes, con el mono azul de las repúblicas, inclinan su cintura sobre el huerto y un mar de palomas bulle en la mañana dorada de las piedras atlánticas.

XL

Destello de los interrogantes, biombo de Juan Ramón. Biombo y monacato, en el mundo de los espejos cóncavos hay que ofrecerle un gallo a Esculapio.

XLI

Camino por agosto como por una manigua de viento. Campos de Castilla, el perro solo y aterido mira el árbol seco.

XLII

Cruzó la plaza como una lady Godiva de los inviernos.

XLIII

El pasado reaparece en las escaleras del verano. A ver si es verdad eso de que Platón inventó el cine.

XLIV

Vestido cárdeno, pecho de rosa. ¡No almonedes el alma!

XLV

Se desmaya la tarde entre llaves verdes y cartones claros, suena un reloj de péndulo en la oficina, en el corazón julio alborotado. A la calle, a la calle, que hay luz de verano.

XLVI

Las ratas muerden con sed de sangre en la garganta de los lunáticos, se agranda la ola del vacío y de los inviernos amañados; canto lejano, granizo en el viento, relojes como grilletes en las muñecas del alma. Larra es el vértigo del XIX y Freud es un griego empedernido.

XLVII

Están vendiendo un olivo que se llama Federico. Flores de acetato brotan de los alcornos de estaño.

XLVIII

A Miguel y Josefina

Cuando tú estás en el alba de los gestos puros, el mundo vive un aplazamiento de la nada; cuando la lumbre encandila tu casa, los tahúres del poder estafan a los hambrientos de pan y vida. Un segundo tuyo es un milenio y tu verdad la pisotean matando los trópicos de la Tierra; a pesar de todo seguimos viviendo, dolorosamente pasmados, por estas rutas podridas de nuestras vidas y de nuestros siglos.

XLIX

Fuego de granizo en la garganta. Janis Joplin, frenética y barroca, naufragó en un mar de heroína, los demás naufragamos en las máscaras de los inviernos. Granizo de fuego en la garganta.

L

La muchacha que buscaba el mar

En el centro de la noche la muchacha bus-

caba el mar. La brújula de la vida caminaba sola por las alcantarillas y los zócalos marinos ocultaban el fulgor del levante y del poniente. Preguntaba y preguntaba por las calles hasta que un gato pardo le dijo:

- Da igual sigue cualquier camino que siempre encontrarás el mar, allí te espera un bote azul en una caleta escondida, te llevará a otros mares porque el mar no termina nunca. En ese viaje habrá tormentas, pero se mantendrá puro tu corazón.

La muchacha no podía creer que un gato pardo le hablara y ansiosamente le preguntó cuando éste ya desaparecía en la oscuridad de la primera esquina:

- ¿Pero cómo veré el bote azul en la noche oscura?

Se escuchó un maullido que en el idioma de los gatos y traducido muy libremente decía:

- No te preocupes que la gaviota blanca te espera en la proa y te guiará. Síguela, ella sabe el camino de levante donde está la paz.

La muchacha con paso decidido caminó por la calle oscura buscando a la gaviota blanca y el bote azul. El gato pardo en las alcantarillas buscaba la brújula y se preguntaba si en alguna de sus siete vidas encontraría un camino de levante y paz.